

# Las cartas de un enajenado en el trópico

Alejandro Areus

HACE YA VARIOS AÑOS, 1992 PARA SER EXACTO, QUE EL Museo Cubano de Arte y Cultura de Miami presentó la exposición *Ponce y su época*. Siete años antes se publicó en Cuba una monografía sobre el artista escrita por Juan Sánchez (La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1985). Ambos hechos, aunque modestos, han sido serios esfuerzos de presentación y análisis de la vida y obra de Fidelio Ponce (1895-1949). Todavía su producción pictórica y su excéntrica vida esperan una retrospectiva completa —uniendo las obras en la isla y en el exterior con una óptica crítica que refleje las metodologías recientes en la historia del arte—. Mientras tanto quiero dar a conocer por vía de este artículo al Ponce autor de cartas, y a través de sus cartas dar un poco de luz a su visión del mundo y de su arte.

Si la mayoría de los contemporáneos de Ponce (Peláez, Enríquez, el mismo Abela) reflejan en sus obras la luz, el color y la sensualidad del trópico a través de sus sensibilidades individuales, la pintura de Ponce es el otro lado de estas realidades. Para Ponce la luz de Cuba es cegadora, una devoradora de las formas, convertida en sus lienzos en una pasta blanca y opresiva, la cual con las grietas causadas por el pasar del tiempo se convierte en una especie de lepra pictórica. Su temática no es ni la realidad guajira y criolla de Abela, ni las naturalezas muertas y los interiores coloniales de Peláez, ni las fantasías eróticas de un machista delirante como Enríquez. Ponce pintó un mundo subterráneo y marginal, poblado por los perdedores de la isla: beatas fanáticas, prostitutas, tuberculosos, o «héroes» golpeados y malgastados por el mundo: Cristo, algunos santos, un par de autorretratos. Al fin y al cabo, Ponce era un expressionista casero que jamás salió de la isla; su conocimiento del arte europeo era por vía de las reproducciones —así descubrió a sus pintores favoritos: El Greco y Rembrandt—.

Ponce desaparecía de La Habana por largos periodos de tiempo. ¿Dónde estaba? De paciente en el sanatorio La Esperanza debido a su tuberculosis. Cuando reaparecía en La Habana inventaba viajes a una Europa que solo conoció por postales. Como Ponce nunca tuvo un taller permanente, la mayoría de las veces pintaba donde fuera, muchas veces hasta pagaba por sus alimentos con un cuadro detrás del cual escribía la leyenda: PLC —por la comida—. Generalmente los críticos y organizadores de exposiciones de su época ignoraron a Ponce —era un pintor maldito y su obra no reflejaba la realidad «tropical» tan en moda en su época—. Mientras el grupo de *Orígenes* y su crítico Guy Pérez Cisneros lideaban con Ponce y su obra con cierta distancia, casi con desdicha, Jorge Mafiach, el padre Ángel Gaztelu, Enrique Labrador Ruiz y José Gómez Sicre fueron defensores de su obra.

Cuando Alfred H. Barr, Jr., fundador y director del Museo de Arte Moderno de New York, visitó a Cuba en el 1943 fue Gómez Sicre quien le llevó a conocer al pintor, que vivía en Matanzas. Frente a su obra escribió Barr: «*In his best paintings, he is Cuba's greatest artist, clothing disquieting figures with veils of pale reflections, white and green. Ponce has never left Cuba. He recently met Cézanne and Van Gogh through reproductions of their paintings, but his intuitive expressionism is extremely personal*»<sup>1</sup>.

Ponce fue un prolifero escritor de cartas, y desde 1943 hasta su muerte en 1949 le escribió varias a Gómez Sicre, el cual estuvo viviendo primero en New York y más tarde en Washington DC. La siguiente selección de cartas —todas escritas a lápiz y en su gigantesca letra— no solo confirman la excéntrica personalidad del artista, sino que también reflejan el medioambiente mediocre de la cultura cubana de su época.

«Querido Pepe: Me duele ver cómo te atacan. Guy, guirao o guiro sabe poco de la belleza, es por eso que escribe como la misma muerte sin dejar de ser un monaguillo imbécil. Te felicito y te doy las gracias porque lograste mostrar mis obras en el Delphic Studios. Déjame saber qué dicen los críticos. Mucho debo a tu fe en mi obra. Mañach, Labrador y tú: mi trinidad de defensores... te abraza, Ponce» (diciembre 1943)<sup>2</sup>.

«Caro Gordo: tus cartas me alegran mucho en este lugar tan triste. Escríbeme pronto, escríbeme constantemente. Me dicen que mis pulmones de nada sirven y el hecho que jamás he seguido las ordenes de los médicos no ha ayudado la situación. Con la excepción de Carlos Enríquez, nadie se ocupa de mí ni me visitan. Te envío a ti y a tu querida madre mi respeto y amor, Ponce» (*La Esperanza*, 1946).

<sup>1</sup> Alfred H. Barr, Jr., «Cuban Painting of Today,» (New York: *Bulletin of The Museum of Modern Art*, April 1944, Vol. XI, No. 5, p. 3).

<sup>2</sup> Ésta y las otras cartas citadas en este artículo son parte de los archivos de José Gómez Sicre (1916-91). Colección Horacio Sicre, Miami, Florida.

«Querido Pepe, ya salí del sanatorio y encuentro que esta isla es la misma mierda de siempre, quizás hasta peor. Las mediocridades levantan sus cabezas como serpientes, los corruptos vomitan sobre nuestro pobre país y el chino siniestro es aplaudido por su protectora sáfica. Dime, ¿me conocen en New York? Estoy muy contento que el señor Hitchcock incluyó mis *Cinco Mujeres* en su película *La sogá*. Un abrazo, Ponce» (*sin fecha*).

«Pepe Querido, la muerte se acerca. Las sombras de los esnobistas de esta pintoresca despintada Habana me rodean. El miedo me hace pensar en Dios. Bueno, pronto me liberaré de esta miserable vida en esta miserable islita. Labrador me asegura que si el cielo existe iré al... cuida de mis cuadros y aun que no eres creyente ora por mi alma si puedes, Ponce» (*febrero 1949*).

En cuadros como *Tuberculosis*, *Las beatas*, *Los niños* y tantos otros, Ponce plasmó con pasta espesa y líneas nerviosas imágenes melancólicas y enajenantes. Su isla está plagada de realidades subterráneas, donde los humillados y ofendidos se encuentran abandonados en un paisaje desolado en el que el sol los golpea ferozmente. Éste es el bajo vientre del trópico, el cual sostenía la Cuba de los turistas, los casinos, los sanatorios y las casas de putas. Como planteó Enrique Labrador Ruiz, «en los cuadros de Ponce el blanco es un gran silencio lleno de posibilidades, como la nada antes de nacer, mas nunca llegando a realizarse»<sup>3</sup>.

Nicolás Guillén lo recordó así:

«Grande como un gran pimiento  
Fidelio Ponce tiene una gran nariz  
llena de punticos negros.  
Fidelio Ponce tiene un sombrero  
grande como un gran paraguas,  
para engañar al sol.»<sup>4</sup>

Ése era Fidelio Ponce, un enajenado en el trópico, que escribía cartas a lápiz con su letra enorme.

---

<sup>3</sup> Carta al autor, 10 de octubre 1986.

<sup>4</sup> Nicolás Guillén, *Obra poética*, Tomo II, (La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1970), pp. 309-310.